

incapaz de visualizar una amplia gama de conflictivos aspectos centrales del desarrollo del capitalismo en el Perú, los cuales quedaron en la oscuridad, no pudo comprender, por ejemplo, las actitudes políticas de los sectores burgueses en conflicto. Bourricaud suponía que la oligarquía no estaba ligada estrecha ni exclusivamente a ningún partido político en particular. Si no que por el contrario, practicaba una especie de control a distancia; siempre que se respetasen los principios del “liberalismo criollo” la oligarquía estaba pronta a arreglos y concesiones.

El libro que reseñamos llega a conclusiones valiosas en lo referente a una visión de conjunto de nuestra historia contemporánea. Frente a perspectivas de análisis que exageran el rol del imperialismo, y a puntos de vista marcados por la tendencia a “caracterizar” la sociedad peruana subraya la necesidad de determinar la dialéctica entre las fuerzas exteriores condicionantes y las respuestas que provocan en las fuerzas sociales internas, precisarla supone trazar los linderos de una Historia nacional, esta noción expresa un supuesto metodológico presente a lo largo del libro.

José Luis Rénique

LOCKHART, James, *The Men of Cajamarca: A Social and Biographical Study of the First Conquerors of Peru*, Institute of Latin American Studies, University of Texas; University of Texas Press, Austin-London, 1972, XVI + 496 págs.

En enero de 1972 los organizadores del Primer Congreso de Arqueología Andina decidieron, en el primer día de sus reuniones en Lima, que el nombre había sido escogido muy apresuradamente. Dados los participantes y los trabajos que ofrecieron, se cambió el nombre por Primer Congreso Peruano del Hombre y la Cultura Andina. Varias sesiones se dedicaron a la historia social, interviniendo en ellas varios historiadores jóvenes.

Si un estudioso de lo andino, interesado en la investigación diacrónica, se propone ahondar en los factores étnicos o en la estratificación social en la época colonial —temas ignorados por la investigación histórica tradicional en la mayoría de las repúblicas andinas— se ve empujado hacia la antropología. Pero esta disciplina tiene otras prioridades ya que la posición dominante es la de los antropólogos “sociales”, quienes han decidido que todo lo que queda por estudiar es el campesino, la apariencia superficial visible, temporera, de las

poblaciones andinas actuales. Las dos posiciones establecidas han obligado a los restantes a buscarse: para los etnólogos, los historiadores de lo social y los arqueólogos, es ahora más evidente que sus tácticas tendrán que aunarse, si es que quieren llegar a comprender las sociedades y las culturas andinas tanto antes como después de la invasión europea.

El haber sido obligados a coordinarse, no es sino una potencialidad, una opción favorable. Implica nuevos esfuerzos: en la reunión de Lima, Patricia Netherly nos recordaba que era indispensable también elucidar la estructura social española al momento de la invasión. Aun si nuestro interés no abarcaba sino el logro andino en sí, podemos acceder al fenómeno andino sólo tal como se ve a través del lente español. La “visión de los vencidos”, tal como la busca Nathan Wachtel (1971), también está a la merced del intermediario europeo.

Entre los historiadores, algunos como Jorge Hidalgo o Karen Spalding están empeñándose en que la colaboración sea más estrecha: dedican su investigación a los cambios que se produjeron en la vida andina durante las primeras décadas después del desastre de Cajamarca. Paralelamente otros, como Mario Góngora o James Lockhart, concentran su interés sobre la historia social de los invasores y el modelo institucional que estos trataron de erigir en las Américas.

“Debemos reconocer —dice Lockhart— la habilidad del grupo dominante para mantener sus tradiciones, incluso siendo una minoría dentro de la población total”. Antes de apresurarnos a discrepar, desplegando la bandera del sincretismo, los antropólogos deberíamos considerar lo que sigue del párrafo de Lockhart: “Los investigadores han subestimado usualmente la importancia estructural de los indígenas —que determinó la índole del asentamiento español, como un factor ambiental, promordial— mientras sobreestimaron su influencia directa en los españoles y en la cultura españoles”. Se podría argumentar que ya hace más de veinte años (1953), Elman Service había ofrecido este tipo de apreciación de la importancia estructural de las sociedades americanas en la nueva mezcla. Sin embargo, me avendría a que muchos de nosotros hemos utilizado durante demasiado tiempo modelos simplistas de las estructuras sociales y de las preocupaciones intelectuales ibéricas del siglo XVI.

En un libro anterior, *Spanish Peru* (1968), Lockhart destacó la preponderancia de hombres del pueblo, de peninsulares plebeyos, en el asentamiento europeo en los Andes, el alto porcentaje de africanos y otros negros, la temprana importancia de artesanos y mercachifles. En el presente estudio biográfico de cada uno de los 64 hombres de a caballo y de los 106 soldados de a pie, presentes en el reparto del rescate reunido para salvar la vida de Atawallpa,

Lockhart analiza la composición social de los que compartieron el botín. Pocos eran hidalgos, prevalecían los plebeyos con “antecedentes urbanos y marítimos”. Si bien la riqueza mineral fue la atracción inicial y la soldadesca una primera forma de vida, la mayoría de los que se quedaron devinieron pobladores con un creciente interés en la agricultura andina (a la par que un mayor conocimiento de ella).

Al analizar los antecedentes y las carreras individuales, en especial de los que se contentaron con los primeros repartos (una condición social más prominente en la península, participaciones mayores en el botín, una experiencia americana más larga), Lockhart confirma que los que se quedaron en América tendían a ser de condiciones originarias más humildes, más jóvenes y llegados al Mundo Nuevo en tiempo más recientes, más allegados a la facción de Trujillo y Cáceres de los Pizarro. Si uno no se marchaba pronto como hicieron Hernando de Soto o el Anónimo sevillano, luego de haber cobrado su parte en la ganancia inesperada, tendía a asentarse definitivamente.

En los cuadros estadísticos de Lockhart hay poca confirmación de la hipótesis que un alto porcentaje de aquellos que se embarcaron hacia América en los primeros días eran étnicamente marginados: de los más o menos 168, sólo el 1.50/o eran griegos u otros extranjeros, como Pedro de Candia el artillero; igual porcentaje provenía de Aragón o de Navarra. Hasta un 1.60/o pueden haber sido vascos; nadie provenía de Cataluña, Asturias o Murcia. La sugerencia de del Busto o de Américo Castro de que algunos eran “cristianos nuevos” recibe poco respaldo. Unos cuantos eran africanos o moriscos. Sólo quince años más tarde, cuando se revelan las identidades étnicas de aquellos sentenciados a galera por apoyar a Gonzalo Pizarro, los porcentajes serán diferentes. Cabe preguntarse si esta discrepancia en la composición étnica entre 1533 y 1548 no afectaría el énfasis de Lockhart en la continuidad entre la “conquista” y el sucesivo asentamiento.

Los antropólogos deberían recibir con agrado el presente estudio pormenorizado de las facciones entre los invasores en función de sus identificaciones y lealtades regionales y provincianas. Además de demostrar cuanto detalle biográfico personal se puede rastrear todavía en los archivos, el estudio de Lockhart sobre las facciones nos ha proporcionado una razón para ser muy optimistas: a medida que nos preguntamos sobre lo que encontraron y destruyeron los europeos, podemos prever el momento en que la información y los testigos presenciales que la suministraron sean mucho mejor conocidos y comprendidos.

John V. Murra

## REFERENCIAS

- LOCKHART, Nathan  
1968 Spanish Peru, 1532-1560, *University of Wisconsin Press, Madison*
- WACHTEL, Nathan  
1971 *La vision des vaincus*, Gallimard, Paris
- POLO Y LA BORDA GONZALEZ, Jorge *Pachachaca: autoabastecimiento y comercialización*, Tesis, Bachiller en Humanidades, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima 1976.

El estudio en profundidad de la hacienda Pachachaca en la segunda mitad del siglo XVIII, viene a colmar un vacío. Prematuramente se ha teorizado sobre el carácter de las haciendas coloniales peruanas y se han señalado momentos para su aparición, auge y decadencia. Asimismo la existencia de las haciendas ha sido vinculada inorgánicamente a diversos acontecimientos sociales y políticos.

Comenzar a precisar estos y otros nuevos aspectos es lo que ha intentado Polo y La Borda al investigar la unidad productiva de Pachachaca. Los primeros resultados se revelan compensadores y puede afirmarse significan un hito en las investigaciones agrarias del Perú.

En el documento titulado "Reflexiones sobre el comercio de España con sus colonias en América en tiempo de guerra por un español en Filadelfia" (Colec. Matalinares T. 68) inédito, se plantea tempranamente "que la agricultura es sin disputa la mina más rica de América . . . sin ella el artesano y comerciante ni podrían mantenerse" y remarcaba que la política respecto de la agricultura que mantenía España era equivocada "pues se quiere elevar el edificio de la prosperidad pública por donde debían concluirse"<sup>1</sup>

Esta reflexión que no fue única como veremos más adelante, pone de manifiesto dos hechos económicos. El primero, que la agricultura era la actividad productiva básica, y el segundo que la política metropolitana mantenía

1 Colección Matalinares, T. 68, Biblioteca de la Real Academia de la Historia Madrid.